

Medio pan y un libro. Por Federico García Lorca
(Locución de Federico García Lorca al Pueblo de Fuente de Vaqueros, Granada, en
septiembre 1931)

Cuando alguien va al teatro, a un concierto o
a una fiesta de cualquier índole que sea, si
la fiesta es de su agrado, recuerda
inmediatamente y lamenta que las personas que
él quiere no se encuentren allí. Lo que le
gustaría esto a mi hermana, a mi padre,
piensa, y no goza ya del espectáculo sino a
través de una leve melancolía. Ésta es la
melancolía que yo siento, no por la gente de
mi casa, que sería pequeño y ruin, sino por
todas las criaturas que por falta de medios y
por desgracia suya no gozan del supremo bien
de la belleza que es vida y es bondad y es
serenidad y es pasión.

Por eso no tengo nunca un libro, porque regalo
cuantos compro, que son infinitos, y por eso
estoy aquí honrado y contento de inaugurar
esta biblioteca del pueblo, la primera
seguramente en toda la provincia de Granada.
Yo si los conservo porque me sirven para
volver a ellos.

No sólo de pan vive el hombre. Yo, si tuviera
hambre y estuviera desvalido en la calle no
pediría un pan; sino que pediría medio pan y
un libro. Y yo ataco desde aquí violentamente
a los que solamente hablan de reivindicaciones
económicas sin nombrar jamás las

reivindicaciones culturales que es lo que los pueblos piden a gritos. Bien está que todos los hombres coman, pero que todos los hombres sepan. Que gocen todos los frutos del espíritu humano porque lo contrario es convertirlos en máquinas al servicio de Estado, es convertirlos en esclavos de una terrible organización social.

Yo tengo mucha más lástima de un hombre que quiere saber y no puede, que de un hambriento. Porque un hambriento puede calmar su hambre fácilmente con un pedazo de pan o con unas frutas, pero un hombre que tiene ansia de saber y no tiene medios, sufre una terrible agonía porque son libros, libros, muchos libros los que necesita y ¿dónde están esos libros?

¡Libros! ¡Libros! Hace aquí una palabra mágica que equivale a decir: 'amor, amor', y que debían los pueblos pedir como piden pan o como anhelan la lluvia para sus sementeras. Cuando el insigne escritor ruso Fedor Dostoyevski, padre de la revolución rusa mucho más que Lenin, estaba prisionero en la Siberia, alejado del mundo, entre cuatro paredes y cercado por desoladas llanuras de nieve infinita; y pedía socorro en carta a su lejana familia, sólo decía: '¡Enviadme libros, libros, muchos libros para que mi alma no

muera!'. Tenía frío y no pedía fuego, tenía terrible sed y no pedía agua: pedía libros, es decir, horizontes, es decir, escaleras para subir la cumbre del espíritu y del corazón. Porque la agonía física, biológica, natural, de un cuerpo por hambre, sed o frío, dura poco, muy poco, pero la agonía del alma insatisfecha dura toda la vida.

Ya ha dicho el gran Menéndez Pidal, uno de los sabios más verdaderos de Europa, que el lema de la República debe ser: 'Cultura'. Cultura porque sólo a través de ella se pueden resolver los problemas en que hoy se debate el pueblo lleno de fe, pero falto de luz.